



Peligros de la lectura

Todo parte con la lectura. Nos convertimos en escritores leyendo libros. O en caballos andantes, o en santos. Don Alonso Quijano leyó en exceso y se convirtió en don Quijote de la Mancha. Loyola, herido en una pierna, se dedicó a leer vidas de santos y terminó transformado en San Ignacio. La lectura de novelas románticas hizo que una señorita de provincia terminara convertida en la desahogada, delicada, Madame Bovary de la novela de Flaubert. Lo más fascinante de todo, lo único, lo más difícil de expresar, en toda biografía literaria, es el paso decisivo de la lectura a la escritura. El autor, a veces, el escritor en ciernes, si siquiera se da cuenta. Participo en la presentación de un libro de cuentos de Marcelo Leonetti, "Mujer desnuda fumando en la ventanilla", y descubro que Leonetti, uno de los autores chilenos más jóvenes, un hombre que sólo tenía tres años de edad el día del golpe de Estado, se puso a escribir después de leer a José Donoso y a Julio Cortázar. No fueron malos maestros, sin duda. Pero me gustaría saber en qué momento, cómo el lector derivó en escritor. En un momento misterioso y que no se debe forzar por ningún motivo. Si lo forzáramos, todos los lectores de este mundo llegarían a ser escritores, fenómeno que sería mortal para la literatura.

En mis tiempos de adolescente había que descubrir la literatura en forma solitaria, contra todo. Yo exploraba sin orden alguno, por instinto, tocado a veces por el color de las tapas, los libros de la colección Austral. Ahí estubo Unamuno y me lo devoré. Y sobre José Ortega y Gasset. Me encontré con el "Beltramo y Apolonia", de Ramón Pérez de Ayala. Y descubrí un buen día la prosa de Azorín. Sospecho, ahora, al cabo de tantos años, que la prosa azoriniana me conquistó y en alguna medida me corrompió. En la novela del Colegio de San Ignacio, en algún momento correspondiente a un Cuarto Año de Humanidades, a mis trece o catorce años de edad, existe un texto mío que es mejor que siga recordado, olvidado: algo así como un "pastiche" de Azorín aplicado a un indefinido paisaje chileno. Usé algunas palabras raras, poco frecuentes en Chile, y recuerdo que fui censurado por ese detalle. Pero la cosa, sin duda, iba mucho más allá. Me había metido hacia rato en el mundo infinito, interminable de la lectura, y acababa de deslizarme al terreno escabroso de la escritura. Había entrado, sin darme cuenta, en un camino que no tenía regreso.

El joven Leonetti tiene una escritura densa, de buen ritmo, que no entrega sus claves con facilidad, que no pertenece a la vanguardia pura, pero que tampoco pretende incorporarse a la carrera desenfrenada de los más vendidos, los "best sellers". Su primer libro constituye una prueba de que la lectura y la literatura auténtica todavía resisten, de que no serán borradas así no más. La tendencia actual, incluso en el caso de algunos críticos que parecen serios, consiste en medir el valor de la obra literaria por el número de ejemplares vendidos. Pero las viejas normas, las viejas exigencias, a pesar del mercado, a pesar de las listas que se publican en los diarios, a pesar del periodismo literario transitorio, con sus encuestas, con sus monotonías, todavía perduran. Lo mejor de estos caminos es que no se entregan de inmediato, pero dejan algo en la memoria y piden una segunda lectura. El lenguaje podría trabajarse mejor. El uso de los verbos adolece de cierta pobreza. Pero las atmósferas, los ecos, las sombras de los personajes, salen de la nada de una manera decidida, con buen tranco, y se instalan en el escenario: el escenario de la página, del libro. Porque todo es una convención, un evento, y el escritor es un creador de filigranas verbales y de fantasmas. No es una persona seria de orden, y es, sin embargo, una persona necesaria. Los países suelen desconfiar de sus escritores, con razones que a veces son más o menos justificadas, pero en definitiva no son nada sin ellos.

Me acuerdo como si fuera hoy de mi entrada, a mis



Por Jorge Edwards

veinte años de edad, en la casa de Neruda en Los Grindos. Qué extraluz iniciación, qué ceremonias, qué sentidos que tardaría mucho, años y años, en comprender a ese escritor. Neruda pensaba que nosotros, los autores de mi generación, leíamos mucho y sabíamos un poco de casi todo. Sospechaba, en su fuero interno, en su rara inocencia y campesina que el exceso de conocimiento y de lectura podía debilitarnos. Quizás influya en esa actitud suya algún reflejo de los años de Stalin, que todavía no terminaban. Todo intelectualismo era visto con desconfianza, como manifestación decadente. "Gidistas, rikistas", escribía Neruda con desden pueril. Hacía de vez en cuando declaraciones francamente abominables. En una oportunidad atacó de manera furiosa a William Faulkner, a T. S. Eliot y a Franz Kafka. Yo no sabía a cuál de los tres admiraba más. Tuve que pasar largos años, décadas, antes de que me atreviera a decirle al poeta. "Es que te lo mudo", me contestó él, "los bigotes demasiado largos". Se refería, desde luego, a los bigotes del camarada Stalin, el Padreco de los Pájaros, sólo comparable, en términos de hoy, a las barbas del Comandante Castro.

No sé qué decirle a un joven escritor. No me siento autorizado, en realidad, para decirle nada. Tuvé amigos a quienes les gustaba la acción poética, potencial, de maestro: Carlos Barral, por ejemplo, y José Donoso, entre otros. A Carlos Barral y a Donoso les encantaba echarse años encima y formar escuela. Andaban de bostón, de copa, con lenguas barbas. Yo dudé de que a los jóvenes se les pueda decir mucho. Que se armen de una larga paciencia, en primer lugar, y que tengan una voluntad férrea, y que se hagan de un cuerpo duro, a prueba de balas, porque se verán expuestos a molestias continuas, a situaciones ridículas, a exigencias imposibles. No hay nada comparable, sin embargo, a ciertas horas de la alta noche o de la madrugada en que la página se llena, en que el texto adquiere su dinamismo propio, en que los personajes comienzan a caminar y a desaparecer con autonomía.

No es fácil, desde luego, llegar a momentos de esa

naturalidad. En uno de aquellos textos que yo leía en mi adolescencia a la salida del colegio, en la colección Austral. Unamuno comentaba un libro inglés acerca del perfecto pescador de caña. Recordaba de un modo impreciso que hablaba de la paciencia de la soledad, del transcurso del tiempo, de los resultados que se dan de repente, como por arte de magia, pero que son el producto de una dedicación sostenida. Ahora no sé si Unamuno pretendía hacer metáforas acerca del arte literario, pero es muy probable que lo pretendiera. En el arte de escribir, el que se precipita, el que pretende obtener resultados rápidos, se equivoca. Hay que saber eliminar la ansiedad, el hastío. Hay que darle tiempo al tiempo. En una oportunidad, hace algunos años, tenía posibilidad de entregar un libro antes del verano europeo o de entregarlo después. Juan Marsé, el escritor catalán, me dio un consejo sin querer o sin pretender darme. En la literatura, me dijo, todo lo que sea añadir tiempo es bueno. El tiempo del verano, sin duda, haría madurar algunas frases, algún personaje, alguna culminación o algún desenlace que todavía tenían que encontrar su forma exacta.

Si uno sigue esta línea hasta el extremo, podría dedicarse toda la vida a escribir una obra inconclusa. Podría ser como el pintor de la obra nuestra desconocida, el de una breve novela de Italo Calvino. Cada escritor tiene que ser capaz de encontrar su punto de equilibrio y saber qué se propone hacer. Antonio Machado, el poeta, a través de un personaje inventado por él, Juan de Mairena, entrega unos versos sobre estos dilemas clásicos del tiempo y de la perfección de la obra de arte. El arte, dice, es como una barca que está en la orilla y debe esperar el flujo de la marea para que se la lleve. No puede adelantarse al momento, por mucho empuje que ponga. "La vida es corta / el arte es largo, / y además no importa...". Cito mal, de memoria, sin el acierto al alcance de la mano. Y comprendo que los jóvenes sean impacientes y quieran publicar todos los libros de este mundo y sacarse todos los premios habidos y por haber. Tendrán que descubrir las realidades fúrricas de la literatura por sí solos. ¡A punta de costales! Por haberse atrevido a pasar de la cómoda condición de lectores a la de escritores.

En azul



-Caracol, caracol, saca tus cochitos al sol...

Peligros de la lectura [artículo] Jorge Edwards

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Peligros de la lectura [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile